

AVISO A LECTORES

Los dragones del título yacen desde hace siglos en los mapas incompletos de la antigüedad, en los que el mundo terminaba allí donde lo hacía el conocimiento. Señalaban en ellos la cautela de los navegantes, el lugar donde daban la vuelta ante el riesgo de agotar la provisión de agua o, peor aún, de que sus naves cayeran por el abismo aterrador que esconden sus últimos pliegues.

Aquí yacen dragones. Una leyenda que, acompañada de monstruosas serpientes aladas, advertía de la presencia, a partir de ese punto, de peligros desconocidos. Un Cuidado con el perro pavoroso, un aviso a navegantes con el que los cartógrafos medievales perseguían disuadir a potenciales exploradores: no sigan por ahí, de hacerlo encontrarán quizá el horror y la muerte. Y a la vez, una bella metáfora: donde termina el conocimiento, empieza la imaginación. El miedo es, al fin, sólo una de sus manifestaciones, acaso la más popular. La que con mayor eficacia se ha utilizado a lo largo de la historia para inmovilizar, para poner límites. La que han empleado indistintamente madres y dictadores para someter a niños, adolescentes conflictivos o pueblos enteros.

Este libro comienza donde los navegantes daban la

vuelta, guiados por la cautela. Desprecia las advertencias y los límites, y se adentra con decisión en los espacios inexplorados de la fantasía: la oscuridad bajo la cama de un niño, una puerta entornada al final del pasillo luminoso de nuestra adolescencia, o el último pliegue de la falda de Andrea.

Es allí, donde el conocimiento no alcanza, donde la ficción se hace más necesaria. Porque ofrece explicaciones, y ayuda a construir un modelo, una réplica eficaz, coherente. Tal vez sea, para los que creemos en ella, lo que la fe es para los creyentes: respuesta, paracaídas, certeza. La única manera de darle sentido a la vida, de someter a una lógica a aquello que no la tiene ni podrá tenerla nunca. La manera, en fin, de soportarla.

Sirva por tanto la ficción para desentrañar la lógica misteriosa de las cosas, para explicarnos y explicar la realidad. Como una linterna de mano, como un manual de instrucciones de uso. Como un mapa detallado, que consultamos cada diez pasos exactos, y nos ayuda a desenvolvernos en ella. Proporcionándonos orientación, consejo, una ruta. La certidumbre reconfortante de hallarnos: Usted está aquí. Por eso sugiero que este libro se utilice como un mapa del revés, con el único propósito de perderse en él. No para escapar de la realidad, cosa imposible, sino para regresar a ella con más ímpetu.

Ésta ha sido una escritura adúltera, practicada a ratos, de espaldas a la escritura cinematográfica. Realizada a partir de historias, apuntes, ideas, que he ido acumulando en las pausas de los rodajes, en las salas de espera de la posproducción, en aviones y estaciones de tren. Escritura entre películas, y así también alivio, respiro, necesario descanso. Escritura desentendida de presupuesto, de plan de rodaje y equipo técnico. Escritura libre, si es que eso existe; al menos de cárceles ajenas.

Sugiero que en la lista de reproducción de estos cuentos se incluyan varios segundos de pausa entre ellos; que antes de degustar el siguiente se quiten el buen o el mal sabor de boca que les haya podido dejar el anterior con una simple mirada al horizonte, si es que lo tienen a mano, o, en su defecto, a la fachada del edificio de enfrente.

También que sean leídos en orden. Hay una ficticia sensación de libertad en el laberinto de historias. Éste tiene su acceso y su salida. Hay progresión en él, intención en el orden, una cierta métrica. Y también falsos desvíos, sorpresas, cambios de sentido y un par de áreas de descanso.

Al modo de las cartas marinas de las novelas de antes, entre sus líneas encontrará el lector mi modesto y particular intento por descifrar la lógica de las corrientes profundas de nuestro comportamiento, sus playas de arena blanca, sus mareas cálidas. Pero también las que conviene evitar: aquellas en las que, por más que las señalicen antes tantos naufragios, terminamos por hundirnos sin remedio.

Este libro busca lo extraordinario en lo que está cerca. Es una miniatura de tamaño real, un grito que se escribe con minúsculas, un barco dentro de una botella dentro de un barco.

Entre sus páginas yacen los dragones de los mapas antiguos, un aviso ahora a lectores. Cualquier libro, y éste no es una excepción, es un territorio desconocido por explorar, un cementerio de historias vivas, una invitación a imaginar, a temer, a desear: la espesura del bosque, un armario cerrado con llave, la noche afuera.

Tengan cuidado al abrirlo. Aquí yacen dragones.

FERNANDO LEÓN DE ARANOA

EPIDEMIA

Se decía en los cafés, en las plazas, en los mercados: las palabras están muriendo.

Murió Eucalipto, murió Colectivo, murió Paraguas, tan querida por todos. Murió Curioso y murió Rebelión. Murió Ditirambo, pero a pocos importó, porque pocos la conocían. Agonía tuvo una muerte coherente, larga y dolorosa. Al entierro de Pan acudieron millones en masa.

Caían por docenas, contagiadas.

Alarmadas, las autoridades racionaron las palabras. Cada ciudadano podrá utilizar treinta al mes. Se persiguieron las perífrasis y los circunloquios, se declararon proscritos los rodeos: el lenguaje se volvió exacto, los oradores, cirujanos. Los locuaces fueron encarcelados y puestos a disposición de los jueces en vistas que nunca más volvieron a ser orales. Incomunicaron a los charlatanes y los mudos se erigieron al fin en modelos sociales, pero lo celebraron en silencio.

Se pusieron de moda las medias palabras. Los enamorados aprendieron a decírselo todo con la mirada, los amantes, con las manos.

Lingüistas, académicos y semiólogos trataron de ex-

plicar el origen de la epidemia, pero no encontraron las palabras. Las autoridades pusieron protección a algunas de ellas en virtud de su relevancia: Democracia, Quinienta y Sistema Financiero serían escoltadas en todo momento desde sus domicilios hasta las frases donde a diario se ocupan.

Y el lenguaje se llenó de ausencias. Los diccionarios se convirtieron en cementerios: morgues de papel alfabéticamente ordenadas, necrológicas encuadradas de la A a la Z.

En secreto, los enamorados guardaron diez, doce palabras, para decírselas en el momento exacto.

También los poetas hicieron provisión. En un sótano húmedo, sin ventanas, amontonaron trescientas palabras. Se sabe que entre ellas estaba Mañana, estaba Mantel, estaba Esperanza. Y se sabe también que, apostados sobre ellas con sus rifles, se aprestaron a defenderlas con la vida.

LAS COSAS QUE SE QUIEREN PERDER

Los objetos con más tendencia a perderse son los relojes regalados por alguien muy querido y las cadenas de oro. También las carpetas con apuntes manuscritos en los días anteriores a un examen, nuestro rotulador rojo favorito y las llaves de casa, aunque éstas tiendan a hacerlo sólo de manera temporal.

Resulta llamativo también el empeño en ser olvidados en los taxis que muestran los paraguas en los días de lluvia y las bufandas al comenzar el invierno. Las gafas de sol de óptica, por el contrario, manifiestan una mayor disposición a perderse en los meses de más calor.

A día de hoy parece probado que existe una relación de proporcionalidad directa entre la importancia de los objetos y su tendencia a desaparecer: el número de teléfono de una mujer de ojos oscuros, anotado al vuelo en un ticket de compra en la cola de unos grandes almacenes, tendrá más posibilidades de no ser encontrado jamás cuanto más diáfana sea la claridad con la que creamos haber visto en ellos a la mujer por la que daríamos, llegado el caso, nuestra vida.

También las personas muestran en ocasiones tendencia a perderse. En especial los niños, porque aún desconocen la rutina, y los viejos, porque la quieren olvidar.

CORAZONES

La noticia corrió por los pasillos encerados del Pabellón Este del gran hospital. Atravesó las dobles puertas de los quirófanos, interrumpiendo punciones y traqueotomías; las enfermeras se lo susurraron a los doctores, los celadores a las recepcionistas, y el capellán lo escuchó en confesión: a Varela le han encontrado dos corazones en el pecho.

Expertos venidos de prestigiosas universidades extranjeras analizaron las ecos y los electros, consultaron vademécums, auscultaron sus dos corazones a cuatro manos. Enfermos, familiares, camilleros: todos encontraron en los días que siguieron al extraordinario hallazgo un motivo inexcusable para subir a la planta en la que estaba ingresado y observarle en la distancia, esperando adivinar en su gesto el latido unánime de su pecho. Descorazonado pese a todo, Varela guardaba silencio, meditabundo.

Todos en su familia habían tenido antes dos corazones, uno para el amor, otro para el odio. Fue Anselmo Varela, su abuelo por vía materna, el primero en ser diagnosticado. Sucedió en un hospital de campaña en Teruel, donde ingresó gravemente herido por el fuego

raso de un mortero de ochenta y dos milímetros fabricado en Leipzig. Tener dos corazones, le dijo entonces el médico de campaña, le permite separar los sentimientos; amar intensamente a sus hijos en las primeras horas del día para luego, en la tarde, matar con empeño en los campos de batalla.

Gracias a esta peculiaridad, los Varela eran capaces también de amar y odiar a la misma persona a un tiempo, colocando cada sentimiento en uno de los cajones estancos de los que, a tal fin, disponía su pecho. Capaces, por ejemplo, de llorar de alegría al descubrir en el buzón la carta de un amigo muy querido para instantes después, llevados por la ira, romperla en pedazos exactos. Capaces de las más tiernas palabras y caricias, pero también de insultos, de afilados gritos y puñales. Capaces de bailes de fiesta y sombríos desfiles; capaces de las rosas, y también de las espinas.

El don familiar permitiría al tío Eusebio asesinar a su mujer, a pesar de lo mucho que aseguró amarla después, en el juicio. Ese mismo año, una insuficiencia circulatoria hizo que al primo Gabriel tuvieran que extirparle uno de sus corazones, y desde aquel día sólo supo odiar.

Por el contrario, sus dos corazones permitían a los Varela en ocasiones amar a dos personas distintas de manera simultánea. Quizá por eso, el enigma médico que los doctores no conseguían resolver se apareció como un juego de niños a los ojos de la mujer de Varela.

Al principio fueron las llamadas a deshoras, el silencio avergonzado al otro lado de la línea cuando era ella la que descolgaba el teléfono en la habitación. Después, el ramo de flores azules sin tarjeta que alguien dejó en la recepción del hospital para su marido.

La vio por primera vez en el mostrador de admisión

nes. Le atrajo de ella el desmayo de sus gestos, el lánguido acento eslavo con el que preguntaba si habían dejado allí un mensaje para ella.

Luego supo que se llamaba Yelena y era bailarina. Al llegar a sus brazos unos meses antes, en un bar de carretera de la Nacional 6, Varela había tenido la sensación de que regresaba a un lugar conocido, un lugar en el que había estado antes ya.

Su mujer se reunió entonces con los cirujanos y, no sin cierto sonrojo, les confió la delicada situación: su segundo corazón latía para ella. Más joven, más terso, aceleraba el pulso de su marido al recordarla, avergonzando al otro, más viejo y cansado.

No le tembló sin embargo la voz, ni se agitó en su pecho su solitario corazón, cuando ordenó:

—Extírpenlo.